

El Garbanzo

PERIÓDICO DE PRIMERA NECESIDAD.

12 MAY. 1873



Una olla por semana.

Un trimestre en Madrid, 5 rs.—Un trimestre en provincias, 6 rs.—20 rs. al año en toda España.—Un número, dos cuartos.—
Suscripción en todas las librerías.—La correspondencia al Director, Magdalena, 40, principal izquierda.

Una indigestion cada ocho dias.



¡Qué harto, qué hartísimo está el país de política, de hombres políticos, de cambios políticos, de convulsiones políticas, de farsa política y de negocios políticos!

¡Qué cansados, qué cansadísimos están los españoles que viven de su trabajo, de ser víctimas directas ó indirectas de media docena ó de una, ó de una gruesa de caballeros hechos de repente, y dedicados á comer sin trabajar y á vivir á costa del país contribuyente, y de las clases que viven en la modesta y envidiable medianía del que gana el pan con el sudor de su frente!

¡Y qué falta, qué grandísima falta está haciendo una voz que proclame la verdad y defienda los intereses de todos los españoles que no viven á costa de los demás, sino que trabajan y no quieren más revolución, ni más gobierno, ni nada más que la prosperidad de su industria ó de su comercio, la tranquilidad de su casa, la seguridad de su persona, el orden y la paz para poder recoger el fruto de su trabajo, y una situación cualquiera, pero estable, duradera, tranquila, con la moralidad por base y la verdad por norma!

Porque, hay que desengañarse, existe en España, en esta España que se han comido por los pies en pocos años los moderados, y los unionistas, y los progresistas, y los radicales, y los fronterizos, y los camalares, y los isabelinos, y los montpensieristas, y los amadeístas, y los pancistas, y los tragaldabistas, existe, decimos, una numerosísima clase que, hoy por hoy, constituye la mayoría del país, clase paciente, sufriendo, perjudicada como ninguna, aburrida y desesperada ya, como no es posible que lo esté ninguna otra en el mundo; clase, en fin, respetabilísima y digna de mejor suerte, á la que llaman unos *clase conservadora*, y otros la llaman *pueblo*, y otros *clase media*, y otros *clase indiferente*, y que nosotros llamariamos *clase pasiva*, siquiera porque está tan atropellada como las clases pasivas, á quienes condenó á dieta Figuerola. Y en esta clase pasiva comprendemos:

Al comerciante, que no puede comerciar ni vender, porque siendo este país un continuo motin y un eterno desorden, el comercio no vive. (Los que viven son los hombres políticos, que comercian de otras cosas.)

Al industrial, que ni puede ejercer su industria, ni darle impulso, ni pensar en nada útil, porque aquí lo absorbe toda la política y el Gobierno, sea el que quiera, no se ocupa del industrial, como no sea para mandarle pagar la contribucion. (¡Y qué contribucion!)

Al empleado inteligente y no político, que está á merced de todos los cambios políticos, y como no sea amigo ó protegido de un diputado ó de un ministro, se queda por puertas, aunque entienda perfectamente lo que tiene entre manos. (¡Y como las tenga limpias, no tenga Vd. cuidado que no hará gran carrera!)

Al sacerdote cristiano, que, ageno á las luchas políticas y dedicado á la santa mision que tiene que cumplir en la tierra, ve con dolor que tiene que optar entre echarse el trabuco á la cara y marcharse á la

faccion, ó morir de hambre, porque el ferozo no le paga. (Ni le pagará, que es lo mas doloroso.)

Al maestro de primeras letras, que limitado á difundir la instruccion sin meterse á defender á este ni al otro, ve que el Gobierno se ha propuesto que enseñe, no solo las letras, sino hasta las rodillas por los agujeros de los pantalones.

Al honrado individuo de la clase media, ageno á las luchas políticas que se ve obligado á votar ó morir de un palo, y á ser político, mal que le pese, por los compromisos en que me le ponen cuatro ambiciosos de medio pelo, que quieren servir por lo que pueda ser, á la prima de la hermana de una tia de un hijo de la novia (ó cosa peor) del ministro que anda en el ajo.

Al jornalero que ve subir y subir y subir á los que ayer eran tan pobres como él, y se han echado á caballeros, dando voces y dejándose crecer las uñas.

A todos aquellos, en fin, que no esperan nada de la política, que están hartos de ella y que lo cifran todo en sus propios recursos, en el fruto de su trabajo y en la tranquilidad del país.

Para todos estos se escribe EL GARBANZO. El garbanzo, que es el afán diario de los españoles; el garbanzo, símbolo de nuestra raza; el garbanzo, emblema de la honestidad, del bienestar durable, de la paz y del trabajo en la tierra clásica del cocido de las castañuelas.

Un periódico español; un defensor constante de las clases trabajadoras en todas las esferas; un descubridor de muchas cosas que están ocultas, y que saldrán, y que se les han de indigestar á los que nos han traído á este estado de cosas.

Esto va á ser EL GARBANZO. Muchos lo encontrarán blando y digestivo; pero á algunos les va á parecer una bala.

¡Ya verá Vd., ya verá Vd. si la cosa trae malicia!

RECUERDOS Y LECCIONES.

Si los partidos políticos en que se divide España tuvieran la paciencia, una vez puestos de acuerdo, de hacer una estadística en la que constara el número de víctimas que el orden y el desorden han hecho en la madre patria, el estudio seria tan horroroso, que casi podria asegurarse un porvenir de paz y de tranquilidad, si el carácter español, revoltoso y levantisco como el americano, no fuera impedimento constante de la calma necesaria para la prosperidad de un pueblo.

Unas veces en nombre del orden alterado, otras veces en nombre de la libertad deprimida, la nacion española no ha cesado nunca de vivir en guerra, y es de notar una observacion que los mismos españoles han podido hacer en diferentes ocasiones.

Han hecho falta jornaleros para trabajos materiales en la construccion de vías férreas, ha habido necesidad de recurrir al extranjero en busca de braceros; los oficios mecánicos cuentan con poderosos auxiliares extranjeros en los talleres españoles; pero siempre que se ha tratado de hacer barricadas, de levantar partidas, de lo que se llama en el idioma vulgar *andar á tiros*, siempre ha habido gente dispuesta y útil.

Esto que seria laudable en caso de invasion extranjera ó de defensa nacional, es verdaderamente horrible tratándose de un cambio de sistema político interior, cambio que una vez realizado nunca es el deseado por la mayoría del país.

La oposicion es siempre la misma, porque el país ama la oposicion, porque la docilidad y la aprobacion son cosas desconocidas ó que redundan en desdoro de

la altivez, prenda indispensable de todo descendiente de Pelayo y del Cid, de Lanuza y de D. Quijote.

Los campos de España están yermos, en su mayor parte, y han de estarlo mas si la educacion no dulcifica el carácter, porque no es riego adecuado la sangre ni puede fructificar el lianto.

A mediados del mes de octubre de 1866 recibí una carta de un amigo emigrado en Paris á consecuencia de la sublevacion del 3 de enero. Era amigo y compañero del general Prim. La retirada de este á Portugal le habia alejado de Madrid donde tenia su familia, y vivia en la mayor estrechez en la capital de Francia.

Seguro estaba yo y él tambien de que Prim entraria triunfante en Madrid, y de que él, que á la sazón era capitán, seria en el nuevo orden de cosas teniente coronel por lo menos; pero entretanto la necesidad apretaba.

Las comunicaciones con su mujer y dos niños eran difíciles sino imposibles, y el capitán no sabia una palabra de la capitana ni de los dos generalitos.

Él, liberal, altivo, noble é incapaz de humillarse por nada ni por nadie, vivia en Paris pidiendo dos ó tres francos á todo el que hablaba idioma que él entendiera, y el Gobierno que habia entonces en España, severo, defensor del orden y de la propiedad y salvaguardia de la poblacion pacífica, le abría todas las cartas que dirigia á la mujer, se enteraba de ellas, las rompía y quemaba y hasta se quedó con quince duros que el infeliz pudo reunir y enviar en una letra dentro de una carta.

En este estado las cosas, si cosas pueden llamarse, me escribió una carta parecida á esos artistas Circo ecuestre, que á la vista del espectador se quitan treinta chalecos diferentes.

Para que el Gobierno de entonces no se quedara con la carta, mi amigo la encerró en siete ú ocho sobres, siendo el de debajo para mí y los demás para otras tantas personas cuyos nombres no infundieran sospechas en correos. Todavía existian entonces siete españoles que no fueran sospechosos. Si tarda en escribirme dos meses no recibo la carta.

Decia así:

«Querido amigo: No sé si esta carta llegará á tus manos, porque tal es la saña que los moderados desatan contra nosotros, que estamos casi incomunicados con todo correligionario y amigo. Te escribo para que me hagas el favor de pasar por la calle de Lope de Vega, número que no recuerdo, donde vive ó vivia hace dos meses mi señora, de la cual hace tres ya que no tengo noticia ninguna, ni de mis chiquitines, y en nombre de nuestra antigua amistad te suplico les favorezcas en su apurada situacion como puedas, si es que la tuya es mejor que la mia, que no puede ser peor. Tambien te suplico... y aquí habia una porcion de encargos y recomendaciones cuya relacion no viene á cuento.

Apresurado como la oscuridad de la noche y viendo un gendarme á cada transeunte, me dirigí á la calle de Lope de Vega en busca de la casa donde debia vivir la mujer del emigrado mi amigo, y despues de preguntar en diez ó doce porterías, di con la casa que era de pobre aspecto.

Abierto estaba el portal y oscura la escalera, y subiéndola á tientas y manoteando como si pronunciara un discurso, por si acaso habia algo con que tropezar, llegué á la puerta del cuarto principal, que estaba entornada.

Dí dos golpes con la mano para llamar, y á poco abrió la puerta un muchacho, delgadísimo y mal vestido, que me preguntó á quién buscaba. Detrás de él vino una mujer ordinaria, con un pañelo en la cabe-